

Un centro alfarero de época vaccea: el Horno 2 de Carralaceña (Padilla/Pesquera de Duero, Valladolid)

Zoa Escudero Navarro
Carlos Sanz Mínguez

Poco después de mediados del siglo pasado comenzó a delatarse la existencia de hallazgos arqueológicos en el lugar conocido como Las Quintanas (Orodea y Martí, 1873), sito entre el río Duero y Padilla de Duero, pequeña localidad en las inmediaciones de Peñafiel, en el oriente de la provincia vallisoletana. La abundancia y variedad de los mismos y la posibilidad de que el lugar se correspondiera con la antigua *mansio* de *Pintia*, citada por las fuentes clásicas (Ortega y Rubio, 1979: 263), suscitaron con prontitud la realización de algunas excavaciones intensivas que sirvieron para definir la ocupación celtibero-romana del lugar (Hernández y Alejandro, 1906: 511-512).

No será, sin embargo, hasta 1965, cuando, como resultado de las prospecciones realizadas por el P. Alejandro Recio (Palol, 1965: 121) y de su posterior comprobación sobre el terreno por el propio Palol (1969: 298, nota 1), comience a valorarse adecuadamente la magnitud del emplazamiento, ya que éste, merced a la existencia de un vado natural, se proyecta a la orilla derecha del río, en el lugar conocido como Carralaceña, término de Pesquera de Duero (Fig. 1). En cualquier caso, en estos momentos la interpretación del nuevo yacimiento se presentaba aún excesivamente incierta.

Palol, apoyado en la riqueza de hallazgos cerámicos proporcionados a raíz de la plantación de viñas, supuso



Fig. 1.—Situación del área de Carralaceña en el conjunto del yacimiento de Padilla-Pesquera de Duero.

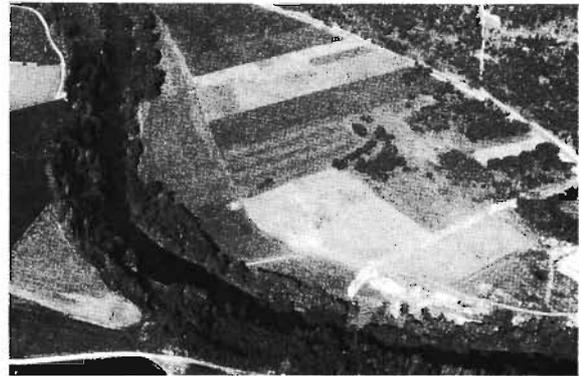
que tal vez se correspondiera con una necrópolis celtibérica (Palol, Fontaneda y Recio, 1969: 307; Palol y Wattenberg, 1974: 115). Otras referencias posteriores (Mañanes, 1977: 265-268; 1983: 63) se ciñen exclusivamente a la constatación de la presencia de elementos de cultura material muy similares a los que proporciona el enclave de Padilla, pero sin cuestionarse el grado de relación e interdependencia de ambas partes seccionadas por el curso fluvial del Duero. Únicamente Wattenberg (1959: 102) al destacar la condición vadeable del río en este tramo preciso, parece reconocer implícitamente la estrecha conexión de ambas ocupaciones humanas. Esta vadeabilidad del Duero probablemente sirva también para restar importancia a las acaloradas discusiones de años atrás, entre quienes defendían una u otra orilla para el trazado del ramal que, aprovechando la vía natural del Duero, discurría de *Caesaraugusta* a *Astúrica* (Blázquez, 1916; Nieto, 1957).

En realidad, el salto cualitativo en la información sobre el yacimiento, y en particular sobre el área de Carralaceña, es bien reciente. Efectivamente, el desarrollo de un plan de investigación sistemática sobre el conjunto arqueológico a partir de 1985, financiado por la Junta de Castilla y León a través de su Consejería de Cultura y Bienestar Social, nos ha permitido ir adquiriendo una visión secuencial y funcional del enclave desconocida con anterioridad. Aunque los trabajos se han centrado prioritariamente en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, en Padilla de Duero (Sanz, 1990a), otras intervenciones en diversas áreas del poblado de Las Quintanas proporcionan ya interesantes datos sobre las pautas del asentamiento, así como de su dinamismo hasta época visigoda (Sanz *et alii*, 1990; Sanz y López, 1988). No profundizaremos ahora en estos aspectos por cuanto constituyen materia de otros estudios incluidos en este mismo volumen, centrándonos propiamente en los datos obtenidos en la orilla contraria, en Carralaceña.

Las prospecciones aérea y superficial de este sector permiten comprobar la existencia de dos áreas bien dife-

renciadas, repartidas en los dos niveles de terraza que configuran la zona.

El conocimiento que poseemos del asentamiento en la terraza superior resulta aún muy precario. A falta de sondeos estratigráficos en este área, cuya extensión puede cifrarse en unas 8 Has., parecen primar aquí los cenizales o basureros frente a los establecimientos habitacionales. Recientemente, sin embargo, la realización de



Lám. I.—Vista aérea del enclave de Carralaceña. Puede apreciarse la situación del horno.

unas zanjas de canalización en el borde del camino de Pesquera a Quintanilla, el cual constituye *grosso modo* el límite septentrional del yacimiento, puso al descubierto dos grandes conjuntos cerámicos que interpretamos como correspondientes a una nueva necrópolis celtibérica de baja época (Sanz, Gómez y Arranz, e.p.).

Mucho más expresivos se manifestaron desde un principio, incluso a nivel superficial, los elementos detectados en la prospección de la parte alta de la terraza inferior o de inundación. La abundancia de pellas de barro, cerámicas pasadas de cocción, escorias, etc., parecían indicar con claridad que nos encontrábamos ante

los residuos típicos de una producción alfarera. Estos indicios se vieron definitivamente confirmados tras la acometida de las primeras excavaciones en Agosto de 1989.

Desde entonces y hasta octubre de 1991, se han efectuado dos nuevas intervenciones en el área del alfar, resultando finalmente una superficie total excavada del mismo que supera los 260 metros cuadrados.

A lo largo de las diferentes actuaciones ha sido posible la confirmación absoluta del carácter alfarero de este sector del yacimiento merced a la identificación de varios restos de estructuras en diferente estado de conservación, correspondientes a hornos de fabricación cerámica, así como algunas áreas de testares o escombreras.

Por el momento, son los resultados de la primera de las campañas los que centran nuestro interés puesto que en ella se documentaron los restos de mayor entidad junto a una interesante secuencia ocupacional del taller.

La excavación se concretó en una larga zanja abarcando una superficie de 147 metros cuadrados, situada en la zona más alta de la terraza de inundación del Duero, donde la prospección superficial permite establecer el núcleo central del asentamiento. La disposición del área de excavación se vio determinada igualmente por la distribución de los restos en superficie (una amplia franja en sentido E-W) además de responder al intento de incluir diferentes sectores que acusan cambios en la coloración del terreno, diversos grados de concentración de materiales, etc.

El resultado de la citada campaña puede resumirse en cuanto a sus aspectos más destacados se refiere, en la diferenciación de cuatro momentos sucesivos de ocupación que configuran una estratigrafía de 1 m. de potencia media, todos ellos correspondientes a la Segunda Edad del Hierro y todos en relación con las instalaciones alfareras. Los espacios de vertedero, identificados en el más antiguo momento de la secuencia y sobre todo en el tercero, han proporcionado un volumen ingente de materiales cerámicos en un estado sumamente fragmenta-

rio —sobre cuyas características volveremos más adelante—, buena parte del cual se encuentra quemado hasta la escorificación y deformado. Las dos estructuras de hornos detectadas en esta intervención se adscriben a las fases segunda y cuarta —la más reciente— de la estratigrafía, lo que parece sugerir, en relación con la disposición y características de los testares, una cierta alternancia en la utilización de los diferentes espacios o elementos del taller.

Precisamente, será una de estas estructuras —a la que denominamos *Horno 2*, perteneciente a la fase más moderna hasta ahora detectada en el alfar— la que ocupe nuestra atención a lo largo del trabajo; la envergadura y espectacularidad del hallazgo y la novedad que para el Valle del Duero supone, dada la carencia casi absoluta de datos sobre este tipo de elementos en la zona, creemos que lo justifican sobradamente.

EL HORNO 2: DESCRIPCIÓN Y ESTUDIO DE LA ESTRUCTURA

La estructura hallada puede describirse como la parte media e inferior de un horno de planta entre circular y ovalada, de tiro vertical y doble cámara —de las cuales, la superior o de cocción ha desaparecido totalmente— y *prae-furnium* desarrollado. Ambos pisos se hallan separados por una parrilla perforada, estando la cámara inferior o de combustión dividida longitudinalmente en dos por un gran muro continuo. Podríamos incluirle, aunque con algunas precisiones, en el Tipo B, subtipo 5-2 (HC), de la clasificación de Coll y Broncano para los hornos ibéricos (Broncano y Coll Conesa, 1987: 22-23; Coll Conesa, 1988: 224) (Figs. 2, 3, 4 y 5; Láms. II y III).

La estructura se halla construida básicamente en tapial, pudiendo apreciarse la existencia de algunos adobes calcinados en la base de las paredes del *prae-furnium*, aunque los manteados de barro que forran el interior de éste y de las cámaras no permiten saber si éstos se em-

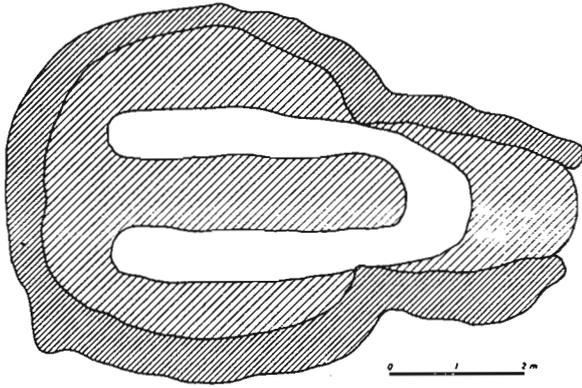


Fig. 2.—Esquema de la planta del horno cerámico de Carralaceña.

plearon en todo su alzado, así como en el muro central que divide las cámaras de combustión. Se utilizaron igualmente piedras calizas para acondicionar la bajada al *prae-furnium* y para reforzar algunos puntos del perímetro, que, no obstante, está realizado íntegramente en barro.

La cámara inferior o de combustión se encuentra excavada en la terraza natural de la zona, caracterizada por depósitos de limos arcillosos y gravas, habiendo perforado igualmente en su área Este, un nivel correspondiente a un testar anterior. Es de planta subcircular, con una longitud de 4,6 m. en su eje mayor y algo menos (4,4 m.) en el menor, si bien estas medidas son las que proporciona su perímetro exterior (el cubierto por la parrilla) ya que el notable grosor de sus paredes—en torno a 1,5 m.—y la anchura del muro central (1,20 m.), reducen drásticamente el espacio real del interior. Éste, se halla dividido en dos cámaras paralelas, no comunicadas, de más de tres metros de longitud, 1,5 m. de altura y 1 m. de anchura; el muro que la divide es de planta rectangular con el extremo redondeado, presentando la misma longitud y altura que las cámaras. Debe destacarse que, prolongando la línea de la parrilla, que en esta zona se encuentra desaparecida, la base del extremo del referido muro central debía sobresalir unos 50 cm. de la misma, proyectándose hacia el acceso.

Todo el interior del horno se halla recubierto de una gruesa capa de barro que conserva las huellas de los dedos con que fue aplicada. Esta capa aparece vitrificada y

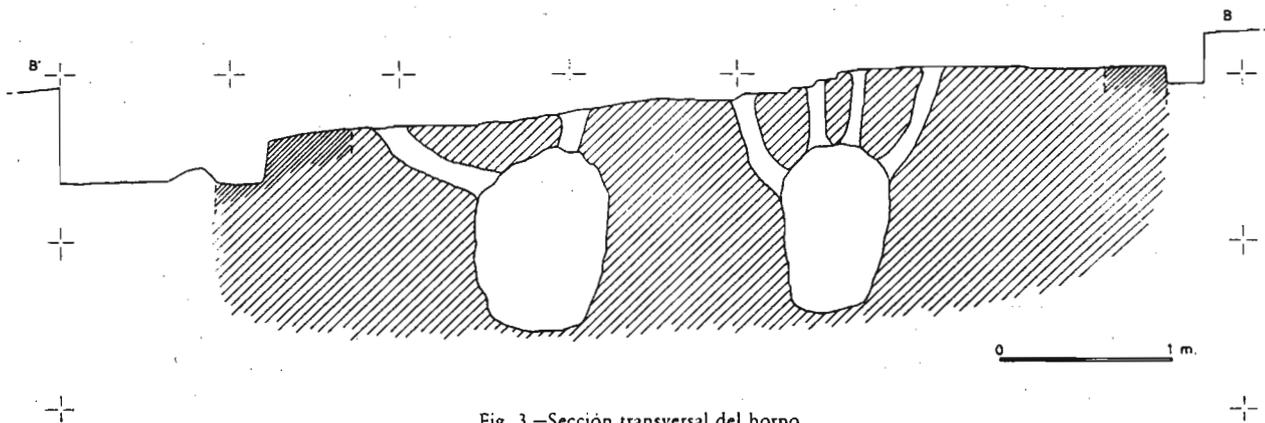


Fig. 3.—Sección transversal del horno.

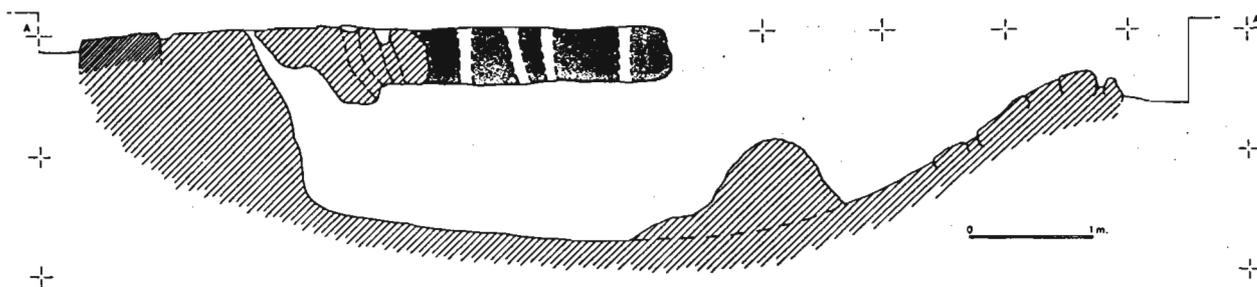


Fig. 4.—Sección longitudinal de la estructura.

fundida, más intensamente cuanto más al interior de la estructura, con una zona de especial escorificación a la entrada de ambas cámaras y extremo del pilar central. Se detectan además en estos espacios, reparaciones de las paredes a base de añadidos de barro, cubriendo posibles desperfectos, que no han llegado a calentarse tanto como las áreas de su alrededor, por lo que se observa perfectamente su carácter posterior a la realización de la estructura y estando ya la misma en uso (Lám. V).

Las paredes interiores de la cámara se inclinan y convergen en su parte superior, formando una "bóveda" irregular que constituye la base de la parrilla; ésta muestra en planta, es decir, en el perímetro interno del muro que circunda las cámaras inferiores, unos entrantes y salientes formados por el nacimiento de las toberas perimetrales. El alzado de la parrilla propiamente está realizado mediante la superposición de capas de arcilla horizontales de unos 8 cm. de grosor, que dan lugar a una plataforma horizontal de unos 40 cm. de espesor en los puntos menos deteriorados (Lám. VI), y un diámetro en torno a los 4,5 m., que proporciona una superficie útil para la disposición de las cerámicas de 15,9 metros cuadrados. En general y gracias a su extraordinaria solidez y dureza, la solera se halla bien conservada, aunque dada su superficialidad y las labores agrícolas continuas sobre

ella, presenta multitud de desperfectos —concentrados mayoritariamente en su sector Este—, muchos de los cuales sólo afectan a sus capas más exteriores, sin que falten grandes boquetes que la perforan e incluso la han hecho desaparecer del todo, como ocurre sobre la entrada de la cámara más septentrional o sobre el muro central. Conserva 60 orificios o toberas que presentan disposición concéntrica y equidistante, aunque más abigarradas hacia el centro, siendo las más externas las de mayor diámetro. Muchas de ellas se encuentran cubiertas parcialmente por pellas de barro que reducen su abertura, aunque ninguna se encontró totalmente taponada. Sus diámetros son muy variables, entre los 8 y los 25 cm.

Las toberas que se abren sobre la bóveda de las cámaras lo hacen verticalmente; las que unen las paredes laterales de las cámaras con el perímetro de la parrilla, presentan un recorrido largo —superior a 1 m.— e inclinado, en ocasiones se acodan y bifurcan; al fondo de las cámaras numerosas perforaciones se abren en todas direcciones, vertical y transversalmente, para difundir el calor hasta el alejado perímetro del laboratorio. El muro central se halla igualmente perforado por tres toberas a cada lado, situadas en su mitad exterior, que se abren casi verticalmente sobre el mismo. El trayecto interior de todas las toberas se halla regularizado y alisado con una ligera capa de barro.

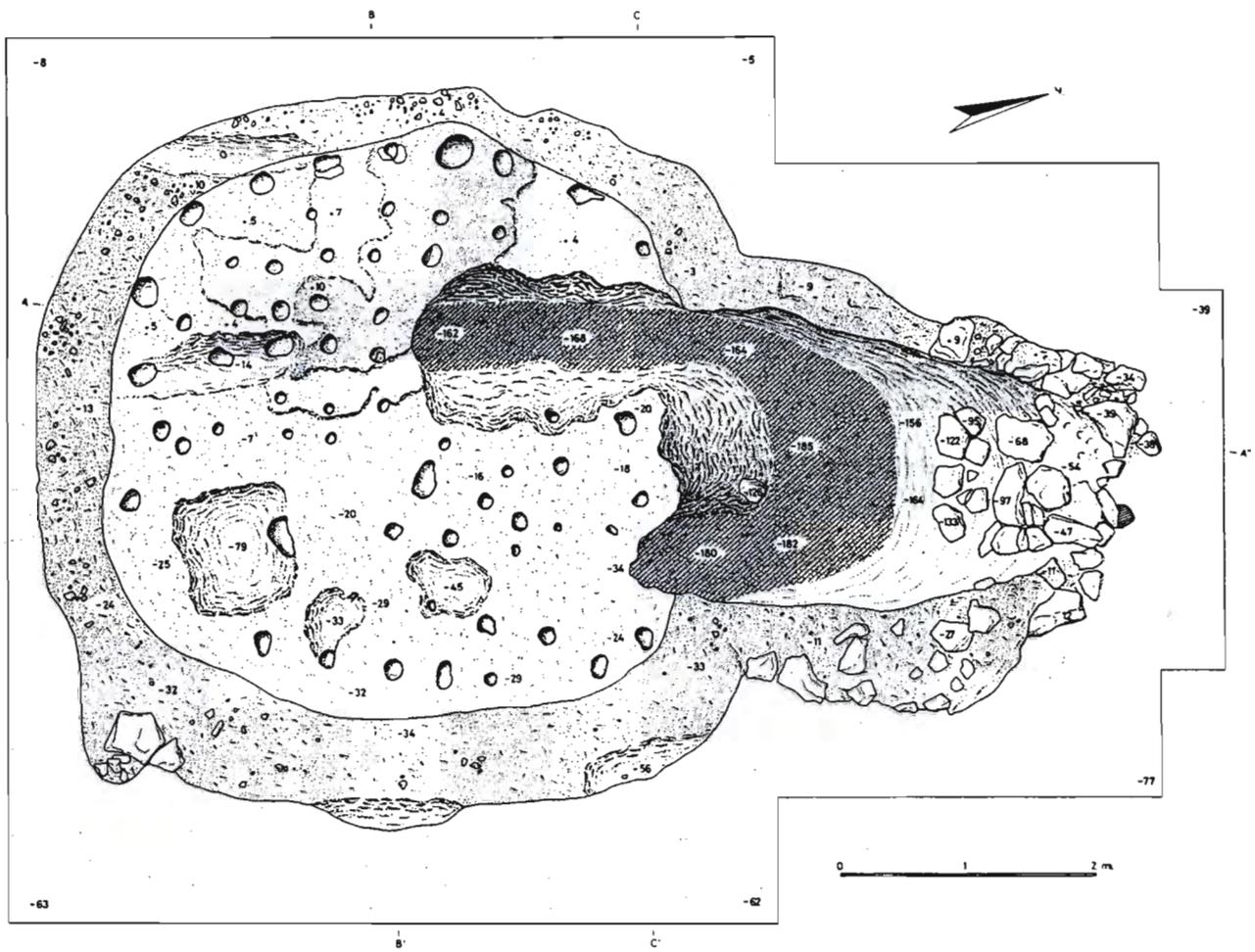
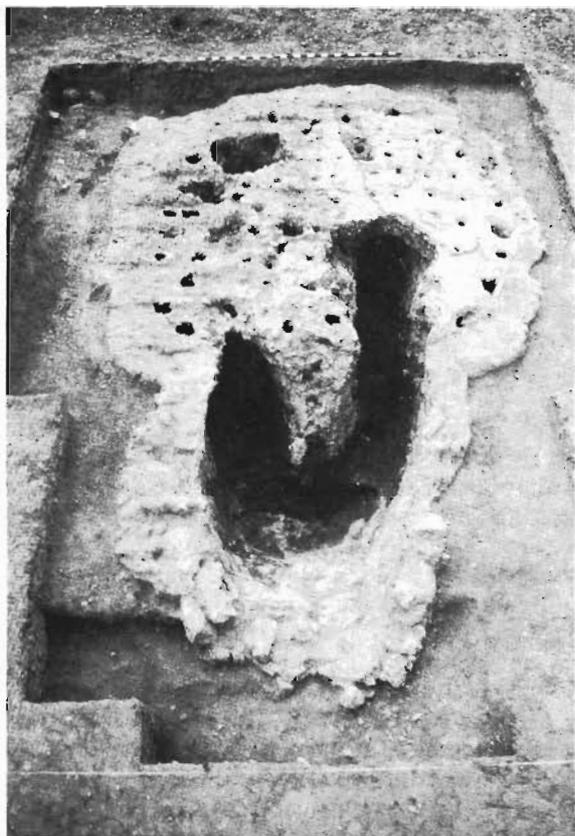
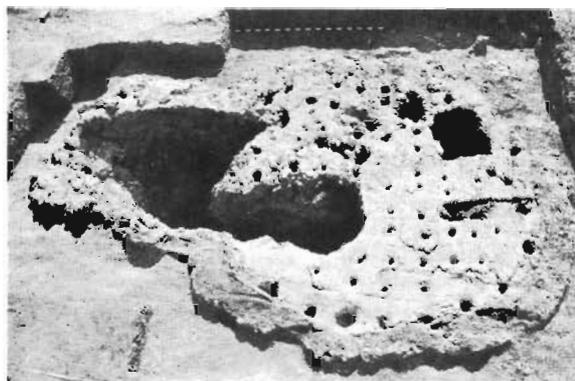


Fig. 5.—Planta del horno celtibérico de Carralaceña.



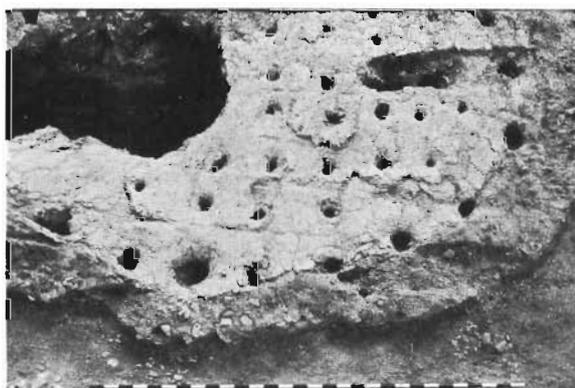
Lám. II.—Horno 2 del alfar vacceo de Carralaceña.

Hacia el Este de las cámaras de cocción y combustión se abre el *prae-furnium* o boca de alimentación, que, en este caso, cuenta con un notable desarrollo. Se trata de un espacio excavado prácticamente a la misma profundidad que las cámaras de cocción, prolongando la estructura del horno en superficie, unos 3 m. de longitud y con 2,5 de anchura (capacidad). En total, el horno alcan-



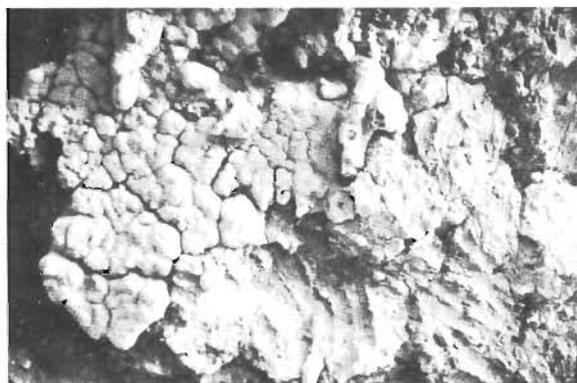
Lám. III.—Aspecto final de la estructura tras su excavación completa.

za una dimensión longitudinal algo superior a los 8 m. El acceso a su fondo se realizaba a través de la rampa que constituye su lado oriental, "acondicionado" con piedras calizas planas, lo que configura una bajada abrupta y poco practicable que salva la diferencia de altura —superior a 1,5 m.— existente entre el fondo de la estructura



Lám. IV.—Detalle de la parrilla y las toberas sobre la cámara más septentrional.

y su área de circulación exterior. Ante la inclinación que presenta el acceso oriental del *prae-furnium* y el avance del muro central hacia el mismo, el espacio real en el fondo de la estructura, libre para la carga del combustible, es en la práctica mucho menor que los 3 m. de desa-



Lám. V.—Interior de las cámaras. Se aprecia el alto grado de escorificación sufrido por las paredes así como las reparaciones a base de capas de barro extendidas con los dedos.



Lám. VI.—Detalle del sistema constructivo de la parrilla a base de capas horizontales de arcilla.

rollo que alcanza el acceso en planta, reduciéndose a poco más de 1 m. Es evidente que el *prae-furnium* poseyó cubierta abovedada, dada la inclinación que manifiestan sus paredes, claramente convergentes y abombadas en sus laterales. Como ya señalamos anteriormente, todo el interior de este recinto se encuentra revocado con barro que conserva multitud de huellas de dedos y que se halla más intensamente quemado en las zonas bajas, en contacto con el suelo de la estructura. De todo ello, y a la vista de lo expuesto también en la descripción de su piso inferior, creemos que puede deducirse que se trata de una estructura del tipo HC, es decir, con hogar situado en el corredor, aunque, dado el relativamente escaso desarrollo que éste presenta en su fondo, en realidad la mayor parte del combustible, y por tanto del fuego, debió concentrarse en la entrada misma de las cámaras, zona que evidencia haber soportado las más elevadas temperaturas.

En cuanto a la cámara de cocción o laboratorio, como es habitual, nada se conserva, tan sólo el perímetro construido en tapial, con un grosor medio de unos 30-40 cm. y que define una circunferencia de algo más de 5 m. de diámetro, presentando idéntica altura que la parrilla. Tampoco se ha identificado la entrada a esta cámara superior si bien existe en la zona Sur de la solera un espacio con una irregularidad triangular que rompe la línea de la estructura y en la que aparece, además, alguna caliza plana. Por su adecuada orientación, en el lado contrario al *prae-furnium*, podría corresponder al acceso del laboratorio, aunque nada puede precisarse. Tampoco poseemos elementos que nos permitan suponer el desarrollo en altura de sus paredes o el sistema de cubrición de la cámara, para todo lo cual nos parece adecuado seguir, en términos generales, la propuesta de Broncano y Coll Conesa (1988: 215-216 y 227) para el horno de Alcalá de Júcar. El interior del muro perimetral del laboratorio, en contacto con la parrilla, presentaba una línea de enlucido blanco a lo largo de toda su extensión de unos 2 cm. de grosor y en el que sólo podía apreciarse

una única capa (Lám. IV); la presencia de este enlucido parece efectivamente significar, en la línea propuesta por dichos autores, que los hornos de nuestro tipo contaron con laboratorios permanentes aunque su cubierta no fuese, por el contrario, estable.

Por último, en lo que a elementos constructivos del horno se refiere, indicaremos que se detectaron varios suelos, correspondientes a diferentes momentos de su funcionamiento y que sólo se sondearon en la zona del *praefurnium*, en la que el último lecho, formado en la cocción postrera, no se conservaba íntegramente.

Se detectaron hasta seis posibles momentos de cocción definidos por capas cenicientas endurecidas, de escasa entidad y apenas fértiles. El último momento de la utilización de la estructura está bien identificado por una espesa capa blanquecina de entre 10 y 20 cm. de potencia, endurecida por los efectos del fuego, que aparece en ambas cámaras de combustión. Se trata de una costra arcillosa que incluye trozos de barro desprendidos de las paredes, restos de adobe y revestimientos, cerámica escorificada, etc., y cubre una delgadísima capa de ceniza que contiene a su vez las únicas cerámicas *in situ* de la estructura.

Debe tratarse de los productos residuales de la última cocción tras la cual, una vez eliminada prácticamente toda la ceniza correspondiente al combustible empleado, pero sin haber procedido al reacondicionamiento del interior del horno, éste se abandona, comenzando su colmatación interna en un plazo breve.

Un aspecto que se observa con detalle al estudiar la estructura es el rápido proceso de reducción del espacio interior que conllevaron los distintos arreglos de las cámaras después de las cocciones, a base del añadido frecuente de manteados de barro. La excavación de los diversos suelos frente al pilar central permitió observar como éste se había ido engrosando notablemente a medida que el suelo de la estructura iba asimismo elevándose, lo que sugiere la posibilidad de que se trate de un factor más, a parte del deterioro causado por el calor,

que obligase a la sustitución de estas estructuras en plazos breves.

En el momento de su excavación, el horno aparecía colmatado en su totalidad por diversas capas de tierra que rellenaban su interior hasta la parrilla, observándose una marcada diferencia en la estratigrafía interna de aquellos espacios de las cámaras aún cubiertos por la parrilla y los que se hallaban sin cubrir, es decir, el *praefurnium* y la entrada a la cámara septentrional, donde el suelo del laboratorio había desaparecido.

Sobre el último suelo de toda la estructura se detecta un delgado lecho de cenizas cubierto por una costra, ya descrita, procedente sin duda de la cocción definitiva, que aparece con mucha más potencia y entidad en el interior de las cámaras de combustión. Por encima de ella, en el acceso y demás áreas descubiertas, se depositó un grueso estrato de 1 m. de potencia compuesto por tierras arcillosas anaranjadas y restos estructurales sin cohesión, más frecuentes hacia la base del nivel. Su presencia podría deberse al derrumbe de las partes elevadas del horno, quizá la cubierta del acceso, o más en general, de la degradación del tapial que parece conformar la mayor parte de la estructura. El mencionado estrato no se documenta en el piso inferior, bajo la parrilla, cuyas cámaras contienen una tierra arenosa y oscura que aparece cegando igualmente las toberas, de lo que se deduce que su colmatación se realizó a base de filtraciones desde el exterior una vez que la estructura se halló fuera de uso.

Por último, el horno aparecía cubierto por un estrato oscuro de potencia variable (15-40 cm.), alterado y removido por las labores agrícolas.

La información disponible para el estudio de los alfares o de cualquier aspecto relacionado con la fabricación de cerámica durante la época celtibérica en el Valle del Duero, puede calificarse de francamente escasa. Se trata apenas de media docena de noticias, algunas sin contrastación arqueológica, la mayoría muy imprecisas o insuficientemente publicadas, y, en general, referidas

a la detección de instalaciones a través de evidencias superficiales, permaneciendo desconocidas o inéditas las estructuras concretas.

En un repaso bibliográfico, que necesariamente ha de ser breve, señalaremos, en primer lugar, la muy dudosa deducción que se realiza de la existencia de un centro productor en el enclave soriano de Langa de Duero (Sacristán, 1986a: 156) a partir del hallazgo en el poblado de materiales cerámicos defectuosos (Taracena, 1928: 39); igualmente problemática se nos ocurre la atribución de tal carácter a los denominados Cenizales o Cenicero de Barcial del Barco, Zamora, (Sevillano, 1978: 60-61) donde una pequeña intervención reciente, si bien ha permitido confirmar la presencia de una ocupación celtibérica en el lugar sobre otra de la Edad del Bronce (Rodríguez Marcos y del Val Recio, 1990: 201-202), no ha ofrecido dato alguno sobre este particular. Menos imprecisa resulta la identificación de un taller cerámico en Fuentes Grandes de Gormaz, lugar en el que parecen documentarse áreas de vertedero e incluso restos de estructuras (Ortego, 1969: 48-52), aunque probablemente se trate de un asentamiento de cronología altoimperial (García Merino, 1975: 311). De naturaleza indirecta son, por otro lado, los datos que permiten suponer el funcionamiento de talleres cerámicos propios en el enclave numantino, merced al hallazgo, en las antiguas excavaciones, de pellas de barro con improntas digitales así como varios punzones en asta de ciervo portando las matrices de ciertos motivos estampados y peinados semejantes a los que se desarrollan sobre algunas producciones del mismo yacimiento (Taracena, 1924: 2-3 y 25).

Refiriéndonos ya a evidencias seguras y mejor contrastadas, aunque no por ello más ampliamente conocidas, debemos aludir al conjunto burgalés de Roa de Duero, en el que ha sido posible reconocer con certeza el emplazamiento de los talleres, así como recuperar abundantes materiales de deshecho, entre los que se identifican las especies características de su *Etapa Clásica*, pero careciéndose de datos en lo que se refiere a hor-

nos u otros elementos estructurales (Sacristán, 1986a: 155-156). Un área de vertidos defectuosos y alfares muy desmantelados ha sido también localizada en el Castro de Las Cogotas, dentro del tercer recinto del poblado y en un contexto que se fecha entre los siglos IV y III a. C. (Mariné y Ruiz Zapatero, 1988: 50-52).

Por último, incidiremos sobre las noticias de reciente aparición a propósito del taller cerámico descubierto en la localidad segoviana de Coca (Blanco, 1990; 1992). Se identifican aquí, distribuidas en dos fases sucesivas, diversas dependencias o cámaras rectangulares de adobe y tapial que se interpretan como hornos, merced a su alto grado de calcinación, a los fragmentos cerámicos escorificados y deformados aparecidos entre ellos y a los consistentes lechos de cenizas y maderas quemadas que asimismo se detectan. Además, junto a aquéllos, se disponen otros recintos no sometidos a la acción del fuego con características constructivas similares a los anteriores que se interpretan como almacenes asociados a las instalaciones para la cocción, todo ello situado cronológicamente en los siglos IV y III a.C. a partir de la convivencia, tanto en los hornos como en las demás dependencias, de especies torneadas pintadas y manufacturas decoradas con los motivos característicos del mundo de Cogotas II (peinados, estampaciones ornitomorfos o geométricas, incrustaciones de cobre, etc.).

La información ahora ofrecida sobre estos talleres, pese a distar mucho de ser lo clarificadora que desearíamos, presenta el indudable interés de proporcionar nuevos y relativamente extensos datos para un área tan pobre en noticias de este tipo. Con todo, no podemos dejar de extrañarnos ante las características del complejo descrito, no sólo diferente de cualquier otro del ámbito peninsular —el tipo de horno peculiar de la Edad del Hierro es de planta circular, con dos cámaras separadas por una parrilla estable, no siendo común la aparición de estructuras adosadas al mismo, aunque sí próximas— si no que, además, carece de los elementos típicos e inconfundibles que suelen delatar la existencia de los

talleres cerámicos (localización en laderas o vaguadas, grandes escombreras y testares, pellas de barro con improntas digitales, etc.). Por otro lado, las evidencias presentadas como más significativas —cerámicas deformadas o escorificadas, maderas quemadas y cenizas, grandes derrumbes de adobes cocidos— no son exclusivas de los alfares y pueden identificarse con notoria frecuencia en otros registros arqueológicos sometidos a fuegos violentos, niveles de habitación incendiados, por ejemplo.

Así, aunque en espera de más amplia y concluyente información sobre estas estructuras caucenses, entendemos que se trata hasta la fecha del único conjunto realmente valorable del ámbito del valle del Duero, por más que, en lo que se refiere precisamente a las estructuras de los hornos, no arroje demasiada luz.

Estas referencias, a las que pueden sumarse algunos datos más aún difícilmente utilizables¹, constituyen la totalidad de la información disponible para nuestro entorno.

En contraste, el número de alfares prerromanos detectados y conocidos en el área ibérica es relativamente elevado, hallándose catalogados más de sesenta hornos (Broncano y Coll Conesa, 1988: 217), y aunque sólo un tercio de ellos se encuentre convenientemente documentado, resultan más que suficientes para abordar, como se viene haciendo (Coll Conesa, 1987: 20-23; Broncano y Coll Conesa, 1988: 218-224; Juan Tovar y Bermúdez Medel, 1989) estudios de conjunto con carácter tipológico o cronológico. Ello explica, así mismo, que para cualquier intento de aproximación a nuestras estructuras, nos veamos obligados a hacer referencia constante a ejemplos ajenos a nuestra zona de estudio puesto que ofrece datos tan precarios, siendo necesario incluso acudir a los trabajos descriptivos y de clasifi-

ción referidos a hornos europeos de etapas próximas (Corder, 1959; Duhamel, 1978/79; Faßhauer, 1959; Woods, 1974).

En primer lugar, y refiriéndonos concretamente al caso de las estructuras del ámbito peninsular, hay que señalar la semejanza del ejemplar vallisoletano con alguno de los modelos ibéricos más comunes. En sentido estricto, atendiendo a la descripción de sus elementos morfológicos básicos (tipo de planta, características de la cámara inferior, sistema de sustentación de la parrilla), reconocemos como paralelos más próximos los hornos levantinos de Borriol, en Castellón (Porcar, 1933; 1948), Campello en Alicante (Figuera, 1943; Simón, 1990) y el turolense de Foz Calanda (Anónimo, 1981: 314-315), todos ellos correspondientes al ya mencionado Tipo 5B subtipo 5-2 de la clasificación más recientemente establecida (Broncano y Coll Conesa, 1988). No obstante, a nuestro juicio, de los tres casos, el que mayor similitud presenta en realidad es el castellanense de Borriol, quizá junto con el de Foz Calanda —del que no contamos más que con una somera descripción— mientras que el ejemplo de Campello, al igual que posiblemente el horno 2 de Los Vicarios (Vicente Redón *et alii*, 1984: 339 ss) —también interpretado como de planta rectangular (Broncano y Coll Conesa, 1988: 219)— pese a la coincidencia esencial de su diseño, deberían considerarse como un subtipo diferente, en virtud del gran desarrollo que adquieren en sentido longitudinal sobre el transversal, rasgo que, como Duhamel (1978/79: 63), consideramos significativo de una modalidad concreta que les hace diferir tanto de los propiamente circulares como de los cuadrangulares.

Por otro lado, no puede obviarse la similitud de nuestra estructura con las que constituyen el Tipo 6B, es decir, aquellas que, presentando planta circular, poseen un pilar central más o menos desarrollado que soporta la parrilla sin llegar a dividir la cámara inferior. Ejemplos de estas características están representados en el área ibérica por hornos relativamente antiguos, como es el de

¹ Nos referimos a la identificación en prospección de áreas de alfares en otros enclaves vallisoletanos y palentinos, datos que nos ha proporcionado J. D. Sacristán basados en sus propias observaciones, y a los que el autor se refiere detalladamente en su trabajo dentro de este mismo volumen.

Cerro Macareno, fechable entre los siglos v y iv a.C. (Fernández *et alii*, 1979: 75) o incluso de raigambre fenopúnica, caso del granadino de Pinos Puente (Contreras *et alii*, 1983: 535). Menos alejados cronológicamente resultan los ejemplos de Alcalá de Júcar, del iii a.C. (Broncano y Coll Conesa, 1988) y El Pajar de Artillo, datado en el ii a.C. (Luzón, 1973: 25), en los cuales, además, hallamos evidentes similitudes con el horno vallisoletano. Uno de los aspectos que destaca en este último, es la presencia de un acceso o *prae-furnium* desarrollado e individualizado, elemento que raramente se detecta en los modelos hispanos de planta circular. En el horno de Alcalá de Júcar dicho sector había desaparecido (Broncano y Coll Conesa, 1988: 214), por lo que ignoramos sus características, si es que lo tuvo; quizá sí existiese en el de Foz Calanda, atendiendo a la breve descripción que poseemos (Anónimo, 1981: 315), mientras que aparece claramente definido en Borriol (Porcar, 1933), donde alcanzó una longitud algo superior a 1,5 m., y en Itálica (Luzón, 1973: figs. 5-9).

Por el contrario, los ejemplos célticos y latenienses europeos de planta circular y muro central divisor de la cámara de combustión —que constituyen precisamente el modelo típico de horno cerámico de la etapa— presentan frecuentemente un largo corredor que contuvo el hogar, atestiguándolo numerosos ejemplos como son los de Niederroßla, Bieskau, Ermlitz-Oberthau en Alemania (Faßhauer, 1959: 262-268), Bekásmegyer en Hungría y el checo de Opatovice Velké (Duhamel, 1978/79: 61-63), los cuales, en ocasiones —Horní Herpice y quizá Besançon, en Checoslovaquia y Francia respectivamente (Duhamel, 1978/79: figs. 21 y 30; Lerat, 1968: 440-445)— unen la cámara inferior con un espacio en fosa para el hogar amplio y totalmente diferenciado, rasgo morfológico que para períodos algo posteriores, en ejemplos galorromanos y británicos, parece atestigüarse de forma mucho más generalizada (Corder, 1957; Woods, 1974; Duhamel, 1974: 59; Darteville y Humbert, 1991: 31; Joly, 1990).

En el estado actual de nuestros conocimientos, es difícil evaluar si la presencia de un *prae-furnium* desarrollado y la ubicación del hogar en el mismo, es una característica exclusivamente de orden técnico o posee alguna implicación cronológica, o quizá ambas a la vez.

En este sentido y a partir de lo hasta aquí tratado, cabría plantear dos cuestiones: En primer lugar, la presencia de un acceso o corredor de entidad puede entenderse como un elemento que aporta mayor complejidad al diseño de la estructura, lo que supone un aumento de las dificultades para el dominio técnico del proceso de cocción (Duhamel 1978/79: 64-66; Juan Tovar y Bermúdez Medel, 1989:64) que conlleva, lógicamente una mejora en la calidad del producto final. Por ello, es razonable que su existencia deba ponerse en relación con un momento avanzado de la alfarería de la Segunda Edad del Hierro —cuando las producciones torneadas del centro de la Meseta alcanzan, además, una gran perfección técnica (Sacristán, 1986a: 240; 1986-1987a; Sacristán y Pérez, 1986/1988: 85)— si no ya de contacto con la etapa romana, en la que este rasgo se detecta de forma más sistemática (Fletcher, 1965; Juan Tovar, 1985). Sería interesante recordar que algunos de los ejemplos ibéricos de planta circular con dicha característica, tienen asignadas cronologías bastante recientes, del ii a.C. para el caso itálico (Luzón, 1973: 25) y del i a.C. para el mal conocido de Foz Calanda, en Teruel, a juzgar por el hallazgo de un as de *BolsKan* durante su excavación (Anónimo, 1931: 315; Broncano y Coll Conesa, 1988: 220), fechas que, como ya trataremos más adelante, se hallan en sintonía con las que cabría proponer para la estructura que presentamos. Sin embargo, el horno de Borriol, indudablemente el más próximo en su morfología a nuestro ejemplo, carece de atribución cronológica precisa (Porcar, 1933) aunque se le ha supuesto, por extensión, una datación próxima al iii a.C. (Broncano y Coll Conesa, 1988: 220) lo que le aleja de los anteriores.

En segundo lugar, podría apuntarse, a la hora de

explicar el diseño de las plantas de los hornos, una cierta influencia de la tradición propia de las diferentes áreas geográficas y culturales de que se trate en cada caso, y no sólo a un motivo cronológico. En párrafos anteriores aludíamos a la frecuente presencia de *prae-furnium* en ejemplos célticos y latenios europeos que desembocaba en su existencia casi sistemática en las fases iniciales de la conquista romana, en contraposición con lo que parece ocurrir en el ámbito ibérico, donde las estructuras de planta circular, en principio mucho más deudoras de modelos mediterráneos u orientales que europeos (Broncano y Coll Conesa, 1988: 220; Falsone, 1981: 69), carecen por norma general de este elemento. La existencia del mismo en algunos de los ejemplos ya mencionados y, ahora, en el vallisoletano de Carralaceña, nos hace cuestionar hasta cierto punto este planteamiento.

No obstante, teniendo en cuenta la insuficiente información y publicación de los hallazgos hispanos, y de la aún más deficiente conservación de muchos de ellos en el momento de su excavación, estas últimas consideraciones deberían tomarse con la consiguiente cautela en espera de que nuevos estudios permitan establecer con más seguridad la relación de los hornos ibéricos o celtibéricos con los prototipos extrapeninsulares.

Existe, por último, un aspecto en relación también con la morfología de la estructura vallisoletana sobre la que quisiéramos incidir, como es el de sus considerables dimensiones. Una revisión rápida de la mayoría de los ejemplos ibéricos de planta circular, nos permite afirmar que el de Carralaceña supera con amplitud las proporciones medias de aquéllos, tratándose probablemente del horno de mayor tamaño en el ámbito hispano para esta época.

De la comparación entre las dimensiones de nuestra estructura con las de alguna de las ya citadas, y sin intención de ser exhaustivos, se deduce con facilidad la notable envergadura de aquella, sobre todo en lo que se refie-

re a la superficie de parrilla disponible para la carga del material destinado a la cocción, aspecto este quizá de mayor significación que el de las proporciones generales; estas observaciones son perfectamente aplicables así mismo a los ejemplos europeos —alguno de ellos recogido en nuestro cuadro (Fig. 6)— que, en general, con dificultad alcanzan los dos metros de diámetro (Duhamel, 1978/79: 67; Woods, 1974: 280-281, Tabla I).

La reflexión sobre las dimensiones de las estructuras, trasciende los planteamientos puramente tipológicos, puesto que de ella creemos pueden obtenerse, conclusiones de mayor alcance. En primer lugar, cabría establecer una relativa vinculación de los hornos circulares de mayores proporciones a yacimientos datables en momentos muy avanzados de la Edad del Hierro o incluso ya de época romana. El proceso de aumento de la capacidad funcional de tales instalaciones durante los mencionados períodos —que se evidencia tanto en el incremento de su número como en el de su tamaño y complejidad formal— está bien atestiguado en Europa occidental, donde el grupo de grandes hornos de la Narbonense, ya de cronología altoimperial y con diámetros que superan incluso los seis metros, podrían representar particularmente el culmen de la serie (Duhamel, 1978/79: 55, figs. 37 y 38). En esta misma línea se encuentran, entre otras, las estructuras hispanas del Manganeto, en Málaga, dedicadas a la producción de ánforas a mediados del siglo I (Arteaga, 1982; 1985) al igual que las sevillanas de La Catria (Remesal, 1977-78: 95-96) y Dos Hermanas (Bendala y Pellicer, 1977).

Es cierto, por otro lado, que las considerables dimensiones de algunos de los hornos romanos se justifican en buena medida por la cocción en ellos de materiales constructivos o de grandes recipientes para el almacenamiento y transporte —pese a que, en general, se prefiere para ello las estructuras de planta cuadrangular— si bien, resulta evidente que sus dimensiones han de hallarse así mismo en relación directa con el volumen de producción, en definitiva, con el desarrollo económico, técni-

HORNOS	MEDIDAS expresadas en m.	Longitud Total conservada	Ø Camara Cocción	Ø Parrilla	Superficie Parrilla	Praefurnium
Pesquera de Duero (Valladolid)		8	5	45	15.9	si
Borriol (Castellón) *		6.15	43	33	8.5	si
Alcalá del Júcar (Albacete)		3.8	3.6	25	4.9	?
Itálica (Sevilla) *		3.7	2.95	25	4.9	si
Campello (Alicante) **		—	—	2.85	63	no
Cerro de los Infantes (Granada)		3.6	—	2.80	6.15	no
Cerro Macareno (Sevilla) *		2.4	1.6	25	1.76	no
Niederrobla (Alemania)		1.9	1.05	0.9	0.63	si
Bieskau (Alemania)		2.27	1.25	0.97	0.73	si
Ermlitz-Oberthau (Alemania)		2	0.9	0.8	0.5	si
Bekasmegyer (Budapest)		3.1	2.09	1.85	2.6	?

* Dimensiones calculadas a partir de la escala gráfica proporcionada en el texto

** Nos referimos al Horno 1 de Simón (1990: 48).

Fig. 6.—Cuadro sinóptico de las principales dimensiones y elementos de algunos hornos cerámicos de la Edad del Hierro peninsulares y europeos.

co, productivo y comercial de los asentamientos en que se ubican.

Carecemos hasta el momento de evidencias precisas que hagan suponer que en el horno de Carralaceña se cocieran de forma mayoritaria grandes recipientes. A falta de un estudio completo del abundantísimo material cerámico recuperado en su entorno e interior, esta observación se fundamenta tan sólo en el contacto inicial con las piezas en el momento de excavación y los primeros trabajos de taller, durante los cuales ha podido cons-

tatarse lo que parece un completo predominio de los vasos de tamaño medio y mediano-pequeño, aspecto que se repite en todas las áreas excavadas del alfar y en los diferentes momentos de su estratigrafía. De ser así, la considerable capacidad del horno encontraría su explicación en una producción de gran volumen asignable, además, a una fase muy evolucionada de la vida del yacimiento.

Si aceptamos el cálculo de Duhamel (1978/79: 64) en relación a la carga de los hornos circulares, sobre la

parrilla de nuestro ejemplo podrían disponerse más de seis toneladas de peso (recordemos que su grosor medio alcanza los 40 cm.), cifra que, sin embargo, no resulta demasiado expresiva. Lamentablemente, la carencia de patrones de referencia válidos y el desconocimiento, entre otros aspectos, del desarrollo en altura del laboratorio —imprescindible para la realización de un cálculo del espacio interior apto para la carga— nos impide siquiera una aproximación a la cuantía del volumen o número de vasos cocidos en cada hornada, estimación que sí ha podido intentarse, por ejemplo, para algunas producciones romanas, caso de las ánforas (Remesal, 1977-78: 96-97) o de la *sigillata* (Vernhet, 1981; Hofman, 1969; Bémont y Vernhet, 1989) terreno para el que se cuenta con una cantidad y diversidad de datos muy superior al nuestro. Las conclusiones de estos trabajos, que cifran la capacidad de producción de las grandes estructuras de La Graufesenque desde los diez mil (Tchernia, 1989: 43) hasta los treinta o cuarenta mil vasos para cada cocción (Bémont y Vernhet, 1989: 44), son, por desgracia, poco aplicables a los hornos que nos ocupan, pues la distancia existente entre ellos, las diferencias técnicas, cronológicas y productivas en cada caso resultan, sin duda, insalvables.

Algunos estudios sobre la alfarería tradicional vallisoletana señalan que la capacidad de los hornos más elementales, muy próximos a los ejemplos protohistóricos, oscilaba entre los 500 y los 3000 vasos, dependiendo de su tamaño, el tipo de piezas para cocer y su abigarramiento en el interior del mismo, que, por cierto, era notablemente menor en aquellas estructuras que —como se presume para la nuestra— presentaban la cámara superior abierta (González, 1989: 82 y 175); no obstante, estas cifras hacen referencia a ejemplos que no superan prácticamente nunca los 2,5 m. de diámetro (González, 1989: 185), por lo que, a partir de ésta y todas las anteriores consideraciones, habríamos de concluir, siendo prudentes, que el horno de Carralaceña poseía capacidad suficiente para cocer de cada vez más de un millar de

vasos, aunque no vemos inconveniente, a la luz de los cálculos ya expuestos, para suponer que pudiera admitir en realidad varios miles².

Si no resulta demasiado fructífero aproximarse al número de piezas por hornada, quizá sí pueda realizarse alguna consideración con respecto al período de actividad de nuestra estructura. Si aceptamos que los seis momentos de funcionamiento que en esta se individualizaron son todos los que en realidad desarrolló, debemos reconocer una existencia sorprendentemente breve para tan voluminoso elemento, cuya utilización debió ceñirse tan sólo a una temporada. Es sabido, a partir de la información proporcionada por los grafitos, que en los talleres romanos de La Graufesenque, las cocciones se realizaban únicamente entre Abril y Septiembre, pudiendo calcularse un máximo de actividad para los hornos de dos veces al mes (Vernhet, 1981: 43), de donde se deducen, como mucho, doce cocciones anuales. A pesar de lo puramente orientativo de este dato, no debe obviarse su semejanza con la periodicidad de funcionamiento de los alfares tradicionales de la provincia, que si bien es cierto que en algún caso cocían durante todo el año —los menos y sólo en centros importantes—, lo habitual era que produjeran en el período comprendido de Marzo a Octubre, con una frecuencia media no superior a una vez cada diez días, siendo comunes las cocciones mensuales o bimestrales, sin faltar aquéllas realizadas sólo una vez durante el verano y otra en invierno (González, 1989: 185).

² Consideramos de partida que el laboratorio de nuestro ejemplo podría alcanzar la altura media de un hombre, como se observa en las instalaciones tradicionales conservadas y como se ha supuesto para algún caso ibérico, cuyo desarrollo en vertical se ha establecido por encima de 1,60 m. (BRONCOSO y COLL CONESA, 1988: 216). Sin embargo, debemos advertir que sin el conocimiento certero del tipo y tamaño de los vasos cocidos, cualquier aproximación no deja de ser marcadamente especulativa; baste para ello el ejemplo del horno de ánforas del Cortijo de La Catria, en Lora del Río, cuyas dimensiones son bastante similares a las del vallisoletano (un diámetro próximo a los 4,7 m.) y para el que se calcula un volumen máximo de cocción de unas 70 piezas (REMESAL, 1977-78: 96-97).

¿No resultaría, de estas consideraciones, una existencia demasiado breve, y, por añadidura, una exagerada inversión de esfuerzo para la construcción de estructuras de tan limitada duración? Nuevamente, la información arqueológica obtenida no se muestra expresiva en este campo, aunque el escaso margen cronológico que parece existir entre los diferentes momentos estratigráficos definidos y la homogeneidad mostrada por los materiales cerámicos de todas sus áreas, bien pudieran sugerir una utilización alterna de varios hornos contemporáneos y, por tanto, una existencia más prolongada para este ejemplo, que, en cualquier caso, habría funcionado en un número proporcionalmente reducido de ocasiones.

CONSIDERACIONES CRONOLÓGICAS

En páginas anteriores, durante la descripción y valoración de la estructura de Carralaceña, hemos intentado apuntar también algunos indicios de carácter cronológico a partir de su morfología. Por fortuna, contamos con más argumentos para su datación que los puramente tipológicos, si bien es cierto que unos y otros parecen mostrar orientaciones no del todo coincidentes.

En el transcurso de las campañas de excavación de 1989 y 1990 fue posible la toma de varias muestras para su análisis paleomagnético, estudiadas posteriormente en el Instituto de Recursos Naturales y Agrobiología de Canarias y la Estación Volcanológica de Canarias; los primeros resultados, obtenidos a partir de extracciones de la parrilla del horno, proporcionaron una fecha centrada en el cambio de Era, con una desviación posible de ± 50 años (Soler Javaloyes, 1990: 4). Nuevas tomas, un año después, esta vez recogidas en el interior de la estructura, confirmaron en líneas generales el marco cronológico, aunque el ajuste del momento del paso por cero de la declinación magnética en la Península Ibérica, parece indicar la conveniencia de atrasar algo esta datación (Soler Javaloyes, 1991: 2).

Por otro lado, el análisis radiocarbónico apunta a diversos momentos centrados en los siglos IV y III a.C. para dos muestras de carbón vegetal obtenidas en diferentes suelos del horno: GrN-18240 = 2230 ± 50 BP, que identificaría el último momento de uso del horno, y GrN-18241 = 2150 ± 60 BP, recogida en un lecho algo anterior y que debería fechar uno de los instantes finales, pero no el postrero, del funcionamiento de la estructura. No podemos dejar de señalar que estos resultados alejan considerablemente la cronología del marco en el que parecen discurrir las dataciones paleomagnéticas, que en principio no se remontarían más allá del I a.C., incluso contemplando el atraso que supone el ajuste mencionado. La calibración de las fechas radiocarbónicas no hace si no agudizar esta distancia; la primera de ellas, que proporciona una edad equivalente de 280 ± 50 , podría corresponder en años de calendario, utilizando el modelo de la distribución probabilística (Gilot y Mahieu, 1987), al tramo cronológico comprendido entre el 390-200 a.C. o al 400-180 a.C. si empleamos los valores de mayor probabilidad (95 por 100). Siguiendo a Stuiver y Becker (Pearson y Stuiver, 1986) esta fecha se identificaría igualmente en intervalos de calibración que van del 385 al 200 cal. a.C. La segunda de las muestras, cuya edad equivalente es en este caso de 200 ± 60 , presenta, a partir de los mismos métodos de análisis, intervalos de calibración entre el 355 y el 142 cal. BC (con especial probabilidad entre los periodos 355-290 y 218-142) y se situaría, en años de calendario, en los tramos del 360/260-110 a.C. (para un 66 por 100 de confianza) o bien entre el 380-40 a.C. (para un 95 por 100).

En ambos casos, los márgenes son exageradamente amplios para resolver o siquiera centrar el problema y, aunque parece existir una tendencia a la concentración de las fechas, como antes mencionábamos, desde los momentos iniciales del siglo IV a.C. hasta el final del III a.C. incluso con prolongaciones hacia mediados del II a.C. en la última, el período en el que fluctúan abarca prácticamente la totalidad del segmento cronológico de

la Segunda Edad del Hierro en el centro de la Meseta, lo que las hace muy poco útiles a nuestros propósitos, con independencia de sus valores excesivamente antiguos y francamente difíciles de sostener para el resto del ambiente arqueológico de este enclave.

El análisis tipológico del material cerámico nos inclina más bien hacia las primeras dataciones. Aunque su estudio completo aún no se haya realizado, debemos mencionar la aparición en los diferentes momentos de utilización del alfar, de las características especies torneadas de pastas oxidantes decoradas en muy alta proporción con motivos geométricos barrocos —aspas, oculados, escaleriformes, ajedrezados, triángulos colgados y rematados en volutas o cilios— y, en algún caso poco frecuente, la aparición de bicromía mediante la disposición de una ancha banda roja entre dos líneas negras. Se observa así mismo, una diversificación de los tipos toscos, que predominantemente siguen correspondiendo a los perfiles habituales de borde vuelto, pero entre los que se encuentran otros modelos exvasados, con cuello marcado o de borde entrante con cuerpo globular y orejetas horizontales, etc. Señalaremos también, como índice significativo, la inexistencia absoluta de manufacturas en todas las áreas sondeadas y la muy esporádica aparición de canicas decoradas, fragmentos de cajitas o fusayolas.

Para ser más concretos, debemos referirnos a algunos de los materiales recuperados en relación con el horno que presentamos; lo cierto es que en el proceso de excavación no ha sido posible identificar, si es que existió, un testar específicamente asociado a dicha estructura, la cual, por otro lado, se halla en el momento más reciente de toda la estratigrafía, por encima de todo el resto de elementos de la secuencia y tan sólo cubierta por el terreno vegetal. Los fragmentos localizados en su relleno difícilmente pueden interpretarse como característicos de su producción. Por ello, las piezas que hemos elegido en conexión con la estructura (Fig. 7) proceden de un

área inmediata a aquella que conservaba restos de un suelo de arcilla sobre el que se recuperó un lote significativo de vasos más completos de lo que fue habitual en el resto de la excavación. A pesar de hallarse muy interesado por las labores agrícolas, nos atrevemos a interpretarlo como una zona de habitación en relación cuando menos estratigráfica y cronológica con el horno, y probablemente funcional, sin que podamos garantizar este extremo.

Los rasgos tipológicos de esta reducida muestra cerámica permiten su fácil identificación entre las más características producciones del ámbito vacceo, en cualquiera de cuyos enclaves podemos localizar multitud de paralelos asignados generalmente a momentos recientes o de plenitud de la etapa.

Con respecto a sus perfiles, cabe mencionar la abundancia de los cuencos acampanados (Fig. 7: 3 y 6) o con carenas poco marcadas (Fig. 7: 8), dato este, el de su elevada proporción que, como ya ha sido señalado (Sacristán, 1986a: 241), parece repetirse en los conjuntos de época avanzada. Réplicas a estos tipos se encuentran, por citar sólo los yacimientos más próximos, entre los lotes de Roa (Sacristán, 1986a: Fig. 12, Láms. XXI y XXX), El Soto de Medinilla (Wattenberg, 1959: T. II, III y IV) o Simancas (Wattenberg, 1978: 54-55) y, ya fuera de este círculo, en Numancia (Palol, 1963: 946-959, T. XXXIV) o entre las series navarro-riojanas (Castiella, 1977: 333, Forma 7), para la casi totalidad de los cuales se proponen fechas centradas entre los siglos II-I a.C.

Los temas decorativos que se desarrollan sobre nuestras piezas pueden reconocerse igualmente en buen número de los asentamientos vacceos más inmediatos, no siendo frecuentes, sin embargo, en otras áreas meseteñas; éste es el caso de los rombos enlazados rellenos de líneas paralelas y con apéndices ondulados, y los ciertamente particulares de diseño más o menos triangular, en ocasiones también con paralelas internas, colgados de una banda bajo el borde, y cuyo vértice se prolonga hacia el tercio inferior del vaso (Fig. 7: 3, 6 y 8). Ambos

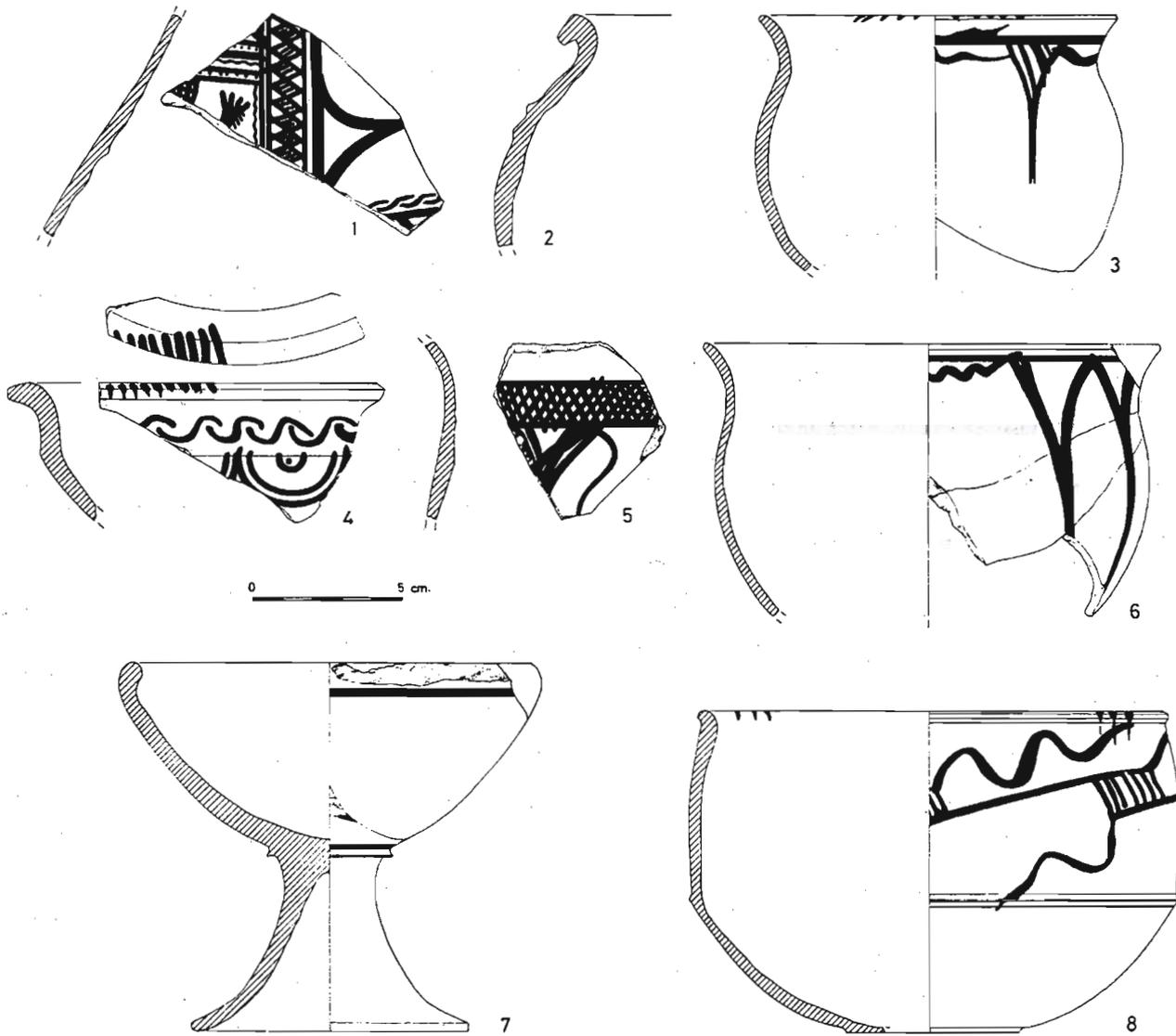


Fig. 7.—Materiales cerámicos del alfar de Carralaceña.

tipos, significativamente frecuentes en las últimas fases del Soto celtibérico (Wattenberg, 1959: T. I-IV), se encuentran de forma mucho más esporádica en Simancas (Wattenberg, 1978: 53, n.º 146) o Roa (Sacristán, 1986a: XLV, 2), donde tan sólo se identifica el primero de ellos asociado aparentemente a especies de la Etapa Clásica, sin volverse a documentar en las agrupaciones Tardías de la segunda mitad del I a.C. (Sacristán, 1986a: 190). Señalaremos, por último, con respecto a las formas y decoraciones descritas, su aparición en los demás sectores de nuestro yacimiento, integrados en conjuntos con cierta disparidad de cronologías³.

En una línea próxima a las apuntadas se desenvuelven las copas bajas de perfil hemisférico y fustes sencillos, también representadas con amplitud en torno a la estructura (Fig. 7: 7) para la que pueden aceptarse las consideraciones referidas a sus paralelos y márgenes cronológicos apuntados por Sacristán (1986a: 171-172), quien las incluye tanto entre los elencos clásicos como en los más tardíos.

De las demás piezas presentadas —a excepción del ejemplo de cerámica tosca (Fig. 7: 2) cuya dilatada dispersión cronológica ha sido ya suficientemente resaltada (Sacristán, 1986a: 199; Sanz, Gómez y Arranz, e.p.)— serán los esquemas decorativos los únicos elementos de cierta expresividad para obtener alguna información. Así, los profusos reticulados o las series de “eses” encadenadas y tumbadas (Fig. 7: 4 y 5), parecen apuntar nuevamente hacia fases más bien avanzadas (Sacristán, 1986a: 187-188 y 244), lo que se vería refrendado dentro del mismo yacimiento por su aparición entre los depósitos recientes de la necrópolis de Las Ruedas y la secuencia

final del poblado de Las Quintanas (Sanz; Sanz y Gómez, respectivamente en este volumen).

Mayor personalidad manifiestan las composiciones barrocas que aglutinan variados elementos geométricos frecuentemente distribuidos en metopas (Fig. 7: 1). El fragmento que nos ocupa, cuyo esquema no puede casi identificarse, presenta en lo que nos ha llegado indicios de un motivo quizá de carácter zoomorfo estilizado —observe la semejanza que puede establecerse con el cuerpo del ave también reticulado sobre un vaso de El Soto de Medinilla (Wattenberg, 1959: T.IV, n.º 5) o con las representaciones de extremidades en algún ejemplo muy tardío de Numancia (Wattenberg, 1963: T.XI, 5)— enmarcado en una metopa definida por series de líneas paralelas y, entre ellas, puntos, ondas o rombos rayados, que la individualizan de otra contigua en la que se desarrollan triángulos dispuestos horizontalmente sobre un friso de “eses” tumbadas, esquema que encuentra buena réplica en algún ejemplar soriano, numantino (Wattenberg, 1963: T. XXXVII, 1037) o uxamense (García Merino, 1990: Fig. 2, 6). No obstante, a pesar de su barroquismo y mayor complejidad compositiva que los otros tipos, no existen argumentos definitivos que nos obliguen a considerarlo más reciente que aquéllos puesto que, como ya hemos comprobado, sus elementos figurativos pueden encontrarse representados también a finales de las fases de plenitud de la etapa, incluso aquéllos, como las posibles esquematizaciones animales, que alcanzarían mayor éxito en décadas posteriores (Sacristán, 1986a: 192-193).

Evidentemente, no resulta sencillo extraer una conclusión cronológica concreta a partir de indicios tan poco concordantes.

El material cerámico parece sugerir un ámbito general poco definido pero centrado básicamente entre los siglos II y la primera mitad del I a.C., aunque podría rebajarse en algo este segundo límite habida cuenta de la presencia de ciertos elementos que se detectan normal-

³ Estos tipos, en especial los cuencos con motivos colgados triangulares de apéndice desarrollado, son relativamente abundantes en la necrópolis de Las Ruedas donde, a través de sus asociaciones, parecen estar vigentes ya en el siglo II a.C. o incluso con anterioridad. Está clara, no obstante, su perduración en fechas más bajas en los niveles sertorianos del poblado de Las Quintanas (SANZ y GÓMEZ, en este volumen), en convivencia así mismo con los temas de rombos rayados.

mente en los conjuntos Tardoceltibéricos. Algunas ausencias significativas en el contexto general del yacimiento —con todo el peligro que encierra este argumento— como el de las producciones manufacturadas, los pies evolucionados sin umbos, los perfiles vueltos simples sobre las especies toscas o la generalización del barroquismo en los temas pictóricos, entre otras, así como la muy tímida aparición de motivos bicromos o figurados, parecen aconsejar no rebasar excesivamente estos márgenes y convenir como más probable un momento que, desde el punto de vista estilístico vendría a definir el final de la Etapa Clásica y los inicios del Tardoceltiberismo, hallando su traducción cronológica en los años intermedios del I a.C.

No demasiado alejadas se muestran las dataciones paleomagnéticas que, sin embargo parecen insistir más en las postrimerías del siglo, momento que tampoco violentaría radicalmente nuestras apreciaciones anteriores dada la escasa fiabilidad que merecen las consideraciones cronológicas a partir de materiales cerámicos a la hora de precisar o concluir a cerca de lapsos de tiempo tan cortos.

Otro es el caso de los resultados radiocarbónicos. Dificilmente podemos asumir dataciones de los siglos IV-III a.C. para el funcionamiento de los alfares de Carralaceña; ni siquiera la fecha más baja de las obtenidas, que podría adelantarse hasta mediados del II a.C., nos ofrece excesiva confianza si atendemos a sus otros índices, que nos conducen hasta la plenitud de la cuarta centuria.

Por todo ello, y a falta de elementos de juicio más concluyentes, nos inclinamos por la propuesta de que el horno cerámico del enclave vallisoletano desarrolló su actividad en el siglo I a.C., en momentos que, más bien intuitivamente, nos atreveríamos a situar en torno a las décadas centrales del mismo.

No querríamos concluir esta primera aproximación al barrio artesanal de Carralaceña sin plantear algunas reflexiones que el hallazgo de estos novedosos alfares

nos sugiere, tanto en relación al conjunto de Padilla como, por extensión, al panorama meseteño.

Con el carácter hipotético con que cabe plantear ahora mismo cualquier cuestión relativa al material exhumado en Carralaceña, dado el estadio inicial de su procesado, la impresión que se obtiene de un primer contacto con el mismo es de relativa homogeneidad, pareciendo posible pensar que los talleres hubieran centrado su actividad en los siglos II-I a.C. De confirmarse esta cronología, resulta patente que estos alfares servirían para explicar determinado segmento del desarrollo de las producciones torneadas documentadas en el poblado o en la necrópolis de Padilla/Pesquera de Duero, siendo inoperantes, sin embargo, para justificar otras, tanto de momentos formativos como ya tardíos. En especial, sobre estos últimos, dada su acusada personalidad, no cabe duda se hallan ausentes del conjunto exhumado, lo que resulta más difícil de asegurar en la dirección contraria, dada la escasa variabilidad que parecen manifestar los productos clásicos, por lo que en este caso para fijar su ausencia debemos reiterar la hipótesis o más propiamente la impresión de partida.

En otro artículo sobre la secuencia estratigráfica del poblado de Las Quintanas, incluido en el presente volumen, se llama la atención sobre la fuerte implantación que la cerámica torneada manifiesta en el nivel II, en un momento que con ciertas garantías, por paralelos cerámicos perfectamente ajustados con materiales de la necrópolis de Las Ruedas asociados a elementos metálicos significativos, se puede situar en el transcurso de la segunda mitad del siglo IV a.C. Esta data no parece contravenir las propuestas más recientes (Martín Valls y Esparza, e.p.; Delibes y Romero, e.p.) para el arranque de la nueva técnica en la Meseta Norte, aunque normalmente se estima cierto desfase con respecto a las áreas del valle del Ebro y Sistema Central.

El ambiente material de dicho nivel padillense resulta muy similar al que ofrece el III del Soto celtibérico. La presencia de formas simples como los cuencos de “perfi-

les rígidos” o de cerámicas torneadas retocadas en su tercio inferior mediante espátula, así como la alta frecuencia de vasos sin pintar, conviviendo con producciones del círculo de Cogotas II (peines barrocos, estampaciones de soles, etc.) (Wattenberg, 1959: 178) ratifica dicha comunión. Ya que dichas características del torno fueron consideradas por Wattenberg, a nuestro entender acertadamente —a excepción de ciertas cuestiones como los lañados de algunos vasos rotos o el descuido de la decoración pintada de otros, características que documentamos a lo largo de todo el desarrollo de los conjuntos celtibéricos—, como signos de un torno inexperto o mejor inicial, y considerando a un mismo tiempo la masividad que estas producciones manifiestan en Las Quintanas II, difícilmente cabría explicar todos estos productos como importaciones en conexión con otras previas bien atestiguadas para el Sur del Duero desde el siglo V a.C. (Martín Valls y Esparza, e.p.) y sí, con mayor facilidad, como producciones locales perfectamente asentadas ya en la segunda mitad de la cuarta centuria. Ello no quita para que determinadas piezas torneadas —por ejemplo las que se asocian a la tumba 28 de la necrópolis de Las Ruedas (en este mismo volumen)— puedan tal vez considerarse importaciones desde el área vettona, en unión de otras especies peinadas, no sólo por documentarse formas idénticas en Las Cogotas sino sobre todo por señalarse alfares en este castro abulense de cronologías similares a las que ahora tratamos (Mariné y Ruiz Zapatero, 1988).

En cualquier caso, hoy por hoy no poseemos datos suficientes para valorar si existieron otras zonas artesanales vinculadas al núcleo primigenio situado en la orilla contraria, en término de Padilla de Duero. Desconocemos aún casi todo lo relativo a la formación y desarrollo de estos grandes núcleos de habitación, o a la erección de sus sistemas defensivos reiteradamente puestos en evidencia a través de modernos trabajos de arqueología aérea, por lo que, a la espera de nuevos sondeos estratigráficos —programados ya para el poblado de Las Quin-

tanás de Padilla— que proporcionen más luz sobre estas cuestiones, debemos concluir con no más de una sospecha, por lógica que ésta nos parezca, sobre la existencia de otros alfares previos que expliquen no sólo la producción cerámica torneada más vieja sino también la de tradición manual, negada en absoluto en toda la superficie de la terraza inferior de Carralaceña.

En definitiva, los alfares de Carralaceña parecen corresponder al que se considera momento de máximo despegue de la cerámica celtibérica, hacia los siglos II y I a.C. (Martín Valls y Esparza Arroyo, e.p.) o Etapa Clásica en terminología de Sacristán, constituyendo un exponente más del período que manifiesta mayor dinamismo y expansión en la historia prerromana del núcleo padillense. En efecto, es en este contexto celtibérico pleno y no en otro, donde debemos encajar la utilización del cerro de Pajares, altozano situado unos 2 kilómetros al Sur del enclave del llano, como punto de vigía, ya que nada en él sugiere momentos formativos o de importaciones ibéricas como se ha supuesto (Sacristán, 1986b: 208, Fig. 2: 5-13)⁴. En términos similares debe valorarse probablemente la ampliación del asentamiento a la orilla contraria de Carralaceña, no sólo en la terraza inferior sobre la que se asientan los alfares, sino también a la superior, tanto en el área de grandes cenizales, con escasos hallazgos cerámicos de producciones manuales (Mañanes, 1983: 62, Figs. 29-4) y, contrariamente, mayoritarios torneados (Palol, Fontaneda y Recio, 1969: 307-309, Figs. 3-5), como en la necrópolis recientemente localizada, con dos conjuntos que remiten con claridad a un entorno cronológico sertoriano (Sanz, Gómez y

⁴ La negación reiterada de cerámica elaborada a mano en las diversas prospecciones que hemos realizado en el lugar o dicho de otro modo, como el propio Sacristán detalla, la exclusiva presencia de cerámica torneada creemos indica una época bastante tardía en la que se encajan perfectamente las especies bicromas presentadas, con paralelos adecuados reiterados en los diversos contextos funcionales del llano. Otro problema importante de este asentamiento es su utilización en época medieval por lo que sobre alguno de los fragmentos de cerámica vulgar incluidos de dicho trabajo —puestos amablemente a nuestra disposición por J. D. Sacristán— debemos expresar grandes reservas.

Arranz, e.p.). Finalmente la constitución de tumbas como éstas de Carralaceña o algunas otras de Las Ruedas, con más de una veintena de vasos torneados supone un claro exponente del desarrollo espectacular que adquirieron estas producciones, al tiempo que su intensa amortización en las mismas proporciona un contrapunto interesante para ser cautos en cuanto a la posibilidad de que la producción de grandes estructuras como el Horno 2 aquí analizado pudieran haber trascendido ámbitos locales de comercialización.

Por razones que todavía desconocemos, aunque cabe sospechar relacionadas con el fenómeno de roma-

nización, los alfares de Carralaceña parece que no sobrepasaron el cambio de Era. El abandono sin más de las estructuras, sin proceder a desmantelamientos o remodelaciones como los constatados previamente, ilustra de forma adecuada el desinterés por las mismas, tras la desaparición de la actividad alfarera en este sector en un momento en el que, probablemente, quedó inoperante también la mayor parte del asentamiento de la terraza superior de Carralaceña —los hallazgos romanos son aquí verdaderamente excepcionales—, lo que a la postre sugiere la vocación artesanal de este barrio en su conjunto.